

## CRECER DE MAYORES. LA TERCERA EDAD COMO TAREA

Emilio García Estébanez

*Instituto Superior de Filosofía. Valladolid*

*Resumen. Actualmente la jubilación puede extenderse por un largo período de tiempo, una buena parte de los jubilados goza de una situación económica decorosa, de buena salud, de un nivel cultural mediano o alto y de tiempo libre. Esta fase de la vida les ofrece buenas oportunidades para emplearse en actividades que perfeccionen su persona moral e intelectualmente y que redunden en beneficio de los demás. En este artículo se propone un programa para la tercera edad en este sentido, que es el propuesto por los sabios de la antigüedad clásica griega y romana.*

Las reflexiones que hacemos a continuación van dirigidas al colectivo de la tercera edad, el formado por los mayores de 65 años, que en España es actualmente de 7.276.000 personas, casi el 17% de la población; en este colectivo las mujeres son 1.140.000 más que los varones; también pueden extenderse a los que sin tener esa edad están jubilados. Las reflexiones pretenden fundamentar que el ocio de que disfruta este colectivo ya no puede definirse del todo como un descanso tras la larga fase de trabajo que le ha precedido sino que hay que darle, o por lo menos añadirle, una significación distinta derivada de las nuevas condiciones que le han sobrevenido. El ocio que ahora se postula es un ocio activo frente al sabbatismo o mero reposo que el discurso sociológico le había asignado anteriormente. En orden a ilustrar este planteamiento procede hacer, en primer lugar, un repaso de las interpretaciones de que últimamente ha sido objeto la jubilación; en segundo, una apología del ocio activo en la tercera edad, cosa que haremos recorriendo los argumentos que la tradición culta pagana daba a favor de una vejez activa, así como los objetivos de esa actividad, que se resumen en el ideal de la sabiduría. De este análisis se concluye que la tercera edad es una tarea, un quehacer.

## LOS DISCURSOS SOBRE LA JUBILACIÓN

En un período relativamente corto de tiempo la exégesis sociológica de la jubilación ha sufrido modificaciones muy relevantes. En sus inicios las prácticas discursivas la definieron como un acontecimiento positivo, fausto, por eso se lo llamó jubilación, que deriva de júbilo. Poco tiempo después este juicio se torna negativo al suponerse una serie de consecuencias nocivas para el retirado. Finalmente, los cambios profundos ocurridos en la sociedad obligan a enfocar este acontecimiento desde un ángulo totalmente nuevo. En lo que sigue vamos a exponer estas fases por las que pasa el análisis sociológico de la jubilación.

### EL VIEJO DISCURSO SOBRE LA JUBILACIÓN

Como decimos, en un primer momento el retiro se contempla como una ocasión de júbilo para el obrero que, tras años de fatigas sosteniendo a su familia y contribuyendo al bien de la sociedad con su trabajo, cosecha el descanso merecido. La concesión del retiro se hacía a una edad biológica, los 60 ó 65 años, que coincidía con el declive de las energías físicas y que rompía la proporción entre esas energías y el trabajo a realizar. El obrero ya había dado lo que podía de sí, y era el momento de relevarle de su puesto y remitirle a un reposo laboral definitivo. La edad de jubilación establecida socialmente venía a coincidir con la establecida biológicamente por la naturaleza misma, por lo que el retiro no sólo era merecido sino incluso obligado. A esa edad el tiempo para disfrutar del descanso era por lo general breve, pues la media de vida entonces era baja, muy inferior a la actual, y otro tanto la salud.

Pronto se aprecia, sin embargo, en un segundo momento, que con la jubilación no sólo se retira al obrero del trabajo sino que se le retira también de la circulación social. Los rasgos más característicos de las sociedades desarrolladas son el de la producción y el del consumo. Ser miembro pleno de esta sociedad supone estar integrado en ambos ciclos, en el primero mediante el trabajo y en el segundo mediante el uso de los bienes y servicios generados por el primero.

El trabajo, en este contexto, es para la persona no sólo la fuente de recursos materiales, sino también la fuente de su identidad social, incluso personal, de su estatus, de su poder, de su influencia, de su prestigio y reconocimiento o estima sociales y, desde luego, de su independencia. Así lo valoran de manera general las ciencias humanas. Dejar el trabajo equivale a perder la substancia de que se nutre la personalidad del sujeto. La transición al estatus de jubilado supone una ruptura brusca con los fundamentos de la identidad personal, una profunda agresión a la persona, si bien no todas las profesiones ni todas las personas la padecen en el mismo grado. A este propósito se ha comparado la jubilación con una "muerte social". En algunos casos, cuando el sujeto se siente realizado en su profesión e identificado con ella, se ha llegado a lla-

marla “muerte del sujeto”. El trabajo también ha servido a la persona durante años para estructurar el tiempo y darle un sentido desde sus tareas diarias; al dejar ese trabajo se enfrenta a una masa informe de tiempo que repercute negativamente sobre su psicología hasta tanto se estructura de nuevo en base a otras experiencias y procesos. También su vida personal resulta más amorfa, monótona, carente de variaciones. Por otra parte, la edad y su supuesta fragilidad han dejado de ser el criterio de la jubilación. El retiro se negocia hoy dentro de una política de empleo. No son los muchos años y la larga trayectoria laboral, sino el mercado de trabajo el que determina en gran parte el momento de la jubilación. El predominio de una cultura de la juventud está haciendo cada vez más frecuentes las jubilaciones adelantadas a fin de substituir al empleado maduro o mayor por uno joven al que se supone más emprendedor y competitivo. Desde este ángulo la jubilación adelantada se experimenta como una derrota. Con la jubilación sobrevenida por sorpresa se rompen las previsiones trazadas por el sujeto para el tiempo de su retiro, pues lo tenía planeado contando con unos ahorros y una renta determinada, en una fecha determinada, y en coordinación con otros factores también previstos y que ahora resultan inesperados. La disminución de sus ingresos repercute negativamente también sobre la familia, genera inseguridad ante el futuro, incapacidad para tomar decisiones, pérdida de posición social y autoestima y amenaza a su independencia frente a los demás; pierde así el control sobre su propia historia biográfica y se trastornan los pasos y ritmos de su ciclo vital. El vínculo lógico entre jubilación y descanso se disipa, la categoría de “descanso merecido” resulta disonante. Según este nuevo discurso, la jubilación no sólo no es ningún descanso merecido sino que los jubilados piensan que no se merecen ese descanso. La jubilación se desenmascara como la negación del derecho a trabajar más que como un derecho al descanso. Por todo esto, mientras en un primer momento se la consideraba un acontecimiento fausto, el discurso sociológico dominante de segunda hora la contempla como un cúmulo de menoscabos tanto desde el punto de vista social y familiar, como psíquico y sanitario. De hecho, este análisis tan negativo de la jubilación hizo que se arbitraran una serie de medidas al objeto de teraputizar al jubilado y devolverlo a la vida.

No deja de ser sorprendente que todo el tratamiento de la jubilación y sus efectos perniciosos sólo haya tenido en cuenta al varón. La jubilación o muerte social de marras ha sido la de los varones. La ancianidad femenina no ha sido objeto de atención sociológica, o lo ha sido muy escasamente. Ahora mismo, sin embargo, la entrada del colectivo femenino en el mercado laboral está obligando a contemplar la tercera edad de ellas también desde el punto de vista de la jubilación. Hay diferencias relevantes entre ambas, de modo que se puede hablar de una tercera edad de él y una tercera edad de ella.

<sup>1</sup> Cfr. Josep M. FERIGLA, *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Barcelona, Anthropos, 1992.

Actualmente el colectivo de mujeres mayores es más numeroso que el de varones y su situación económica más deficiente<sup>2</sup>.

La exclusión del sistema productivo, con la consiguiente disminución del poder adquisitivo, excluye también a los jubilados –dice este segundo discurso sociológico– del sistema de consumo, tanto del consumo de bienes como del consumo de servicios, uno de los sistemas que definen a la sociedad y hombre actuales.

Por último, en un tercer momento, que es en el que estamos, la jubilación se está convirtiendo en un tránsito indoloro de la fase de trabajo reglado a una fase de tiempo liberado. Esta nueva fase ya no se define tanto por la cesación de la actividad laboral, sino que se presta a que se la defina por sí misma y a que se le asignen contenidos y objetivos propios. Existe la fase de trabajo y existe la de retirado que sigue a aquélla pero que no se define por referencia a ella. La fase de retirado ha sufrido un cambio substancial; la sociología de la jubilación se hace cargo de este nuevo estado de cosas y modifica su discurso.

#### FACTORES DEL CAMBIO

Son varios los factores que han contribuido a este cambio, de los que mencionaremos los que consideramos más relevantes.

Uno es la naturaleza del trabajo y las condiciones del mismo, muy diferentes hoy que en épocas pasadas, en concreto en la época industrial, durante la cual se introducen las jubilaciones. En la historia de la humanidad el vínculo entre energías físicas y supervivencia ha sido férreo. El paso de una humanidad matriarcal a una patriarcal y al dominio de los varones sobre las mujeres lo atribuyen algunos investigadores a la importancia adquirida por la fuerza física cuando la humanidad primitiva pasa de una sociedad de cazadores recolectores a una sociedad campesina y ganadera; en ésta última se requiere fortaleza corporal para realizar las labores del campo y, sobre todo, para defender de las bandas de salteadores las cosechas y el ganado. En la cultura campesina la fuerza física ocupaba una posición estelar. Por ella se marcaban las edades del hombre tanto o más que por los años biológicos. Si se preguntaba por la edad de un muchacho se respondía mencionando el tipo de faenas que cumplía: si realizaba tareas ligeras o atendía a animales dóciles, era niño; se crecía a medida que se desempeñaban tareas más duras y se era adulto cuando uno participaba en los tareas de éstos. En la clase noble, la militar, la capacidad de sostener y manejar las pesadas armas era también un criterio determinante para clasificar las edades<sup>3</sup>. Este papel central de la fuerza también regía en el ámbito de la industria. En sectores laborales como la minería,

---

<sup>2</sup> Cfr. Julio PÉREZ DÍAZ, "Feminización de la vejez y Estado de Bienestar en España", en *Reis* 104 (2003) 91-121.

<sup>3</sup> Cfr. Michael MITTERAUER, *Sozialgeschichte der Jugend*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1986.

la construcción, el ferrocarril o la fábrica, los hechos de fuerza eran objeto principal de comentarios y de admiración por niños, jóvenes y mayores: haber levantado un saco de cien kilos bajo cada brazo, haber segado un campo en una mañana, haber picado tantas toneladas de carbón, etc., constituía el tema de conversación en las reuniones, sobre todo en las ceremoniales, las habidas en cantinas y chigres, lugares equivalentes a la casa de los varones de algunos pueblos primitivos de que nos hablan los antropólogos<sup>4</sup>. Mientras se realizaban trabajos ligeros, se era “pinche” o un pobre aprendiz, un estatus menospreciado en el que se oficiaba poco menos que de recadero a las órdenes de todos. Muchas competiciones tradicionales que se celebran hoy en las fiestas de los pueblos son una exhibición de mera fuerza física. En una sociedad así, la vejez y la pérdida de energías que conlleva desplazan al anciano hacia la periferia y le restan relieve social y personal. Ahora bien, la sociedad actual es una sociedad del conocimiento donde la fuerza física no tiene papel ninguno predominante en el sistema de producción. Los jubilados que en virtud de la ley biológica pierden su vigor corporal no por eso quedan descolocados en esta sociedad. Además, llegan menos agotados físicamente a la edad de jubilación. El agotamiento por el trabajo es hoy la consecuencia de una patología caracterizada por la adicción al trabajo (los ‘workhólicos’, en inglés o, en Japón, el ‘karoshi’, que es la muerte por exceso de trabajo).

Otro factor muy importante que ha hecho cambiar la valoración del colectivo de la tercera edad a los efectos que aquí nos interesan es la salud. Una buena parte de este grupo está en buenas condiciones bajo el punto de vista médico y puede llevar una vida activa normal. La OMS ha creído conveniente, a fin de reflejar adecuadamente la estructura sanitaria de este grupo, utilizar un indicador, el Dale (Disability Adjusted Life Expectancy: esperanza de vida ajustada libre de problemas de salud y discapacidades), que señale no ya la media de vida, sino la media de vida sana que alcanza una población; la de España es de 72,8 años; la más alta es la del Japón, 74,5, a la que sigue Francia con 73,1; la de Sierra Leona, que es la última, es de 25 años. Reflejo de esta realidad es también la división del grupo de la tercera edad, que hasta ahora comprendía a todos los mayores de 65 años, en dos segmentos, uno que comprende a los de 65 hasta los 79 años, que retiene el nombre de tercera edad, y otro que comprende a los de 80 y más, para el que se ha acuñado la denominación nueva de cuarta edad. La asociación entre jubilados y morbilidad tiene hoy un valor heurístico menor, pues la morbilidad se concentra mayormente en el grupo específico de la cuarta edad. También aquí debe subrayarse la diferencia entre una vida probablemente enferma o debilitada que caracterizaba a los jubilados de antaño y la vida previsiblemente sana que caracteriza a los de nuestros días. Ahora bien, la salud o la enfermedad cambian nuestro estatus moral, nuestros derechos y obligaciones.

<sup>4</sup> Para la clase erudita estas casas de varones fueron por mucho tiempo los cafés del siglo XVIII y XIX, algunos muy famosos, centros de actividad cultural y política (cfr. R. SENNET, *The Fall of Public Man*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976).

Un tercer factor a considerar es el nivel cultural del grupo, nivel que es cada vez más alto según van entrando cohortes nuevas que han tenido la oportunidad de hacer estudios. El nivel cultural correlaciona con una mayor capacidad para controlar la propia vida y orientarla. De hecho correlaciona, por ejemplo, con salud. El estado de salud percibido mejora con la educación. Lo que se llama adherencia o seguimiento de las prescripciones médicas depende del grado de estudios: los menos formados o no saben leer las indicaciones de los prospectos o entienden peor las instrucciones del doctor. Según la Encuesta Nacional de Dependencia de 1999, los de renta más baja y los de más baja cultura corren, *per se*, más riesgo de llegar a ser dependientes. En este sector hay un 50% más de ancianos discapacitados que en el sector con mayor renta y formación educativa. Las expectativas de vida de la clase baja están 10 años por debajo de las de la clase alta. Un estudio de la Universidad de Arkansas publicado en el *British Medical Journal* (Enero de 2002) revela que en USA la tasa de mortalidad está directamente relacionada con el nivel de estudios: los que no tienen titulación mueren, de adultos, un 20% más: los estudios son más importantes que los ingresos a estos efectos; la investigación utilizó material de todos los Estados desde 1989 a 1990 y concluyó que la subida de la mortalidad en 2,1 por mil que se había registrado se debía a ese colectivo no culto. La salud y la enfermedad en la tercera edad es, como en las otras edades, clasista: los pobres y menos educados envejecen peor y más pronto social, psíquica y físicamente. De igual manera que la cultura ayuda a controlar y potenciar nuestra vida corporal, también lo hace sin duda con respecto a la vida del espíritu. De hecho así ocurre. Pero aquí queremos añadir que ese mayor cuidado por la promoción del espíritu es un cometido más obligado cuando el nivel cultural es más alto, como es el actual de la tercera edad.

También en el apartado económico ha habido una metamorfosis relevante cuyo recorrido puede ayudarnos a ver más claramente la diferencia entre los mayores de antes y los de hoy. En la sociedad agraria el paterfamilias, tanto en la clase campesina como en la artesanal, en la burguesa y en la noble, poseía toda la autoridad sobre sus hijos, su mujer y los demás miembros de la familia por ser el propietario de la empresa familiar, la unidad social que daba sustento y pertenencia al individuo. Todos ellos carecían de medios propios para establecerse por su cuenta; dependían de la herencia para poder hacerlo y ésta era controlada por el padre. Con la industrialización de Europa a partir de la mitad del XVIII en Inglaterra y del XIX en Europa continental, la familia deja de ser paulatinamente la célula productiva básica de la sociedad y deja de ser asimismo la institución que asignaba al individuo su posición social. El sistema productivo se traslada a las fábricas y otros centros industriales distintos de la familia. La mano de obra deja las explotaciones familiares, sea el campo, sean los talleres o algún otro negocio, y emigra hacia las nuevas empresas. Quien trabaja en estos centros, lo hace por un salario semanal, quincenal o de otra periodicidad, el cual le da ocasión de independizarse de la familia bajo el punto de vista económico y organizar su vida por propia

cuenta y desde el momento que percibe el salario. Para estos proletarios de primera hora la herencia deja de ser el mecanismo principal de acceder a la propiedad y a la autonomía. El jornal libera a esos jóvenes varones de la dependencia paterna. Ese jornal, sin embargo, es tan bajo que no les permite acumular caudal ninguno para sostenerse en la vejez; en esa edad dependen de sus hijos. Para remediar esta situación se introduce y se afianza poco a poco el sistema de cajas de pensiones, seguros de enfermedad y de accidentes, etc., hasta desembocar en el sistema de pensiones de la Seguridad Social de nuestros días. Con la entrada generalizada de las pensiones se propicia la independencia económica de los padres ya mayores con respecto a sus hijos. En la actualidad la irrupción de las mujeres en el mercado laboral les está permitiendo independizarse de los varones, igual de sus padres que de sus esposos. El salario personal, el dinero ganado con el propio trabajo, pues, ha acabado con la dependencia material entre los miembros de la familia. El dinero se erige así en principio de liberación y libertad. La pobreza ya no se asocia hoy con ancianidad. En algunos países europeos el nivel de renta de los ancianos es comparable y a veces supera al de algunos otros grupos, incluso de activos, y en Estados Unidos ya no son los mayores, sino los jóvenes, los que cuentan como el colectivo más pobre. El cambio a mejor es tan evidente que la sociología habla de un proceso de *inversión de la pobreza*, que, aunque no parece que sea masivo, denota el nuevo curso que toman las cosas. En España no se han alcanzado en este punto los niveles de Europa, pero también aquí se han mejorado grandemente el estado económico de la tercera edad, que tampoco es ahora el grupo más desfavorecido. De hecho la ayuda material circula en gran medida de padres a hijos: los padres ayudan a sus hijos a establecerse, a comprar el piso o el coche para el trabajo, a financiar la boda, a soportar el paro o, aunque tengan trabajo, los dejan estar en casa hasta altas edades. Según estadísticas actuales, en el 36% de los hogares los ingresos proceden mayormente de pensiones, contributivas o no; más de 4 millones de hogares (el 31% de todos los hogares) tienen como sustentador principal a un jubilado<sup>5</sup>. Otra vez debemos deducir que no es igual una tercera edad sin autarquía económica, dependiente de la familia, que una tercera edad que se basta en este orden y que incluso puede prestar su ayuda a los hijos.

El buen nivel económico de los jubilados les permite participar del sistema de consumo, como lo muestra la atención que les prestan la banca y el comercio, la primera para captar el potencial financiero que representan, y el segundo ofreciéndoles bienes y servicios específicos para esta clase de edad<sup>6</sup>.

Otro de los cambios ocurridos, uno de los más espectaculares, ha sido la subida de la media de vida. En España, según datos del año 2004, la media de

<sup>5</sup> Enrique de ALDAMA, presidente de la Fundación Acción Familiar, *El País*, 1 nov. 2004.

<sup>6</sup> Cfr. Lourdes PÉREZ ORTIZ, "La posición económica de los ancianos españoles", en *Reis* 73 (1996) 149-176.

vida para las mujeres supera los 83 años; la de los varones se acerca a los 76; esta media, además, esta creciendo: en 1980 era de 78,6 años para las mujeres y de 72,5 para los varones; la distancia, sin embargo, entre la media de los varones y la de las mujeres es cada vez mayor; y, como se sabe, según el individuo va superando años suben sus esperanzas de vida: las mujeres que ahora tienen 65 años tienen por delante 20,6 años más, es decir, su media de vida está en los 85,6 años, y los varones de esa misma edad tienen 16,4 por delante, es decir, su media de vida está en los 81,4 años. Para mejor apreciar la magnitud de este cambio recordemos que en España la media de vida en 1900 era de 34 años; en la Roma clásica era de 24 ó 26 años al nacer, a los 20 años era de 31 años más y a los 30, de 26 años más. Va de suyo que no es igual reposar por unos pocos años y después de una vida de trabajo físicamente duro y agotador que durante un período previsto de 20 años (más años aún si pensamos en las jubilaciones adelantadas), después de una vida de trabajo mucho menos fatigoso, estando con buena salud y con un estatus económico congruente. Más todavía cuando la vida hoy ofrece un abanico mayor de oportunidades.

#### EL NUEVO DISCURSO

La cantidad cambia la cualidad, es decir, modifica los aspectos culturales y valorativos de la realidad que se agranda. Pensemos, por ejemplo, en el matrimonio y en el divorcio. Antes un matrimonio tenía por término medio unas expectativas de vida juntos más cortas que las que le espera a una pareja actual; la muerte inesperada de uno de ellos, además, era un infortunio probable<sup>7</sup>. El compromiso de convivir hasta que la muerte los separase no tenía la misma significación que hoy en que una pareja puede tener por delante hasta 60 años de vida compartida, pues es razonable contar con que llegarán ambos vivos, dado que hoy la muerte, como no sea por accidente, es etérea, esto es, ocurre mayoritariamente en un tramo de edad determinado, el de la tercera o cuarta edad. Si la convivencia no resulta, arrastrar una vida insubstancial o infeliz hasta la muerte es una sanción mucho más severa que lo era en la etapa anterior. No hay que mirar sólo que la mayor extensión del tiempo da más ocasiones para los roces y el conflicto. Lo más relevante es que durante ese largo tiempo el individuo pasa por muchas experiencias y adquiere conocimientos nuevos que le deparan una visión distinta de la vida. A lo que hay que añadir que la sociedad está hoy sometida a transformaciones mucho más rápidas y profundas que antaño. Con la profesión religiosa, por poner otro caso, un joven de 21 años promete la guarda de los votos hasta la muerte; ahora bien, la evolución interior del sujeto hace que el religioso, la religiosa o el sacerdote que pronunciaron

---

<sup>7</sup> Cfr. Lourdes PÉREZ ORTIZ, "Aspectos sociales y económicos del envejecimiento de la población", en *Dimensiones económicas y sociales de la familia*, Fundación Argentaria, 2000, pp. 231-243.

aquella promesa sea ahora, diez, veinte o treinta años después, uno totalmente distinto; no es necesariamente la ligereza, sino la madurez y sensatez adquiridas lo que le hace apartarse de aquella promesa; cuando la media de vida era de 34 años se da menos espacio y ocasión para esa evolución de la persona. Las cantidades generan nuevos valores, obligan a adoptar otras normas, cambian la índole de instituciones pensadas para tiempos más cortos, para otros valores y para otros contextos sociodemográficos. Dan un sentido distinto a la vida.

Pues bien, así es con la tercera edad. Es un grupo muy numeroso, con un período de vida largo por delante, para muchos de ellos de vida sana, con un nivel cultural aceptable y en ascenso, con autarquía económica y con tiempo libre. Esta tercera edad no puede tratarse igual que la que resultaba de la jubilación en la fase precedente. Lo de muerte social o muerte del sujeto no parece ya un criterio para analizar a este grupo. Más bien habría que pedir a sus integrantes que no se hagan los muertos. Que hagan algo. Hoy la jubilación puede sobrevenir a una edad tan temprana como los 55 años, lo que, dadas las expectativas de vida actuales, significa que esa persona puede alcanzar los 80 años, es decir tiene por delante 25 años todavía. Llegar a esa edad analfabeto, por ejemplo, y morir 25 años después siendo analfabeto merece un juicio distinto. Y lo mismo respecto de otras carencias que no se enmienden durante tantos años. La II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento, celebrada en Madrid el 8 abril de 2002, tenía el lema de “envejecimiento activo”. Éste parece ser el mandamiento que formula la sociedad y el que gran parte de los mayores hacen propio. Partiendo de que esta actitud es muy común, vamos a centrarnos en uno de los cometidos que los filósofos de la tradición greco-romana consideraron como el propio de esta edad, a saber, el de la sabiduría.

### EL IDEAL DE LA SABIDURÍA

Para la antigüedad clásica la perfección humana y la felicidad estriba en la sabiduría. El hombre ideal es el sabio. Él es el perfecto y el feliz. El hombre sabio es el que se ha hecho del todo, el que ha desarrollado todas sus potencialidades y ha conseguido ser todo lo que podía ser dadas las facultades de que está constituido. Este crecimiento se lleva a cabo mediante el ejercicio de las virtudes, tanto las morales como las intelectuales. Aristóteles (384-322 a.C.) nos puede ayudar a comprender esta identificación de sabiduría, perfección y felicidad. La vida de cualquier criatura es el desarrollo de un programa expresado embrionariamente en su naturaleza al nacer. Se es perfecto cuando ese programa se explicita y la criatura que lo lleva vive y es de acuerdo con él, cuando es actualmente lo que es en potencia. Teleología llama a este proceso. Una gallina, pongamos por caso, vive como tal si puede merodear en un corral o campo abierto, picotear, poner sus huevos, cuidar a los polluelos y protegerlos bajo sus alas cuando viene el milano, buscar los favores del gallo del corral y retirarse por la noche al aseladero. Si se la pone en batería en una

granja de pollos, ni puede vivir y desarrollarse, ni ser perfecta ni ser feliz. El hombre es por naturaleza un ser racional<sup>8</sup> y social<sup>9</sup> y, por consiguiente, su humanidad se cumple perfecta y felizmente en el desarrollo de estas dos dimensiones. Ser hombre es activar su facultad específica, la razón, la que es propia de él y le diferencia de los otros vivientes; los instintos y el cuerpo los tiene en común con los animales y la vida según ellos no sería la específicamente humana. Al vivir virtuosamente, es decir, en conformidad con la razón, lo llama Aristóteles "hombrear"<sup>10</sup>. Ser hombre perfecto sería llevar a la razón a la perfección máxima a que puede llegar. La otra dimensión es la social. El hombre no puede realizarse en solitario; los medios que necesita tanto para su vida material como para su vida espiritual sólo los puede obtener en colaboración con los demás. El ciudadano, pues, se beneficia de su pertenencia a una comunidad, pero también, y por lo mismo, tiene un deber o responsabilidad para con ella. En el planteamiento aristotélico de que nos servimos aquí, las virtudes prácticas o morales en que estriba la perfección humana incluyen como la principal la política, es decir, aquella actividad que se ocupa del gobierno de la comunidad y fomenta su bien, que es un bien común a todos los ciudadanos. Por eso esta virtud es la suprema de las prácticas, pues el bien que produce es el de todos y no sólo el de uno particular. Así pues, el hombre sabio o perfecto sería el que practica las virtudes que contribuyen a su propio crecimiento y las virtudes que contribuyen al crecimiento de la sociedad. El primer aspecto vamos a exponerlo bajo la rúbrica de subjetivarse, y el segundo, bajo la de vincularse<sup>11</sup>.

#### SUBJETIVARSE. EL CRECIMIENTO DE LA PERSONA EN LA TERCERA EDAD

Maslow, un representante destacado de la llamada psicología humanista, cifra la perfección y felicidad del hombre en la satisfacción de sus necesidades. Distingue en el hombre necesidades de déficit y necesidades de crecimiento. Las primeras son aquéllas cuya satisfacción hace posible la vida a su nivel elemental, el biológico, como el alimento, el cobijo y el sexo; el psicológico, como el reconocimiento y la estima, y el social o gregario, como la vinculación familiar, comunitaria y religiosa. Las segundas son las que surgen en nosotros cuando las anteriores están cubiertas y expresan la necesidad que sentimos de perfeccionarnos y embellecer nuestra vida. El cumplimiento de las primeras es indispensable para vivir, el de las segundas sólo para "vivir bien" en el sentido que tiene esta expresión en Aristóteles, a saber, llevar una vida colmada bajo el punto de vista material, social y moral. La naturaleza humana posee un conjunto de estas últimas necesidades que, propiamente,

<sup>8</sup> Cfr. *Et. Nic.* 10, 7, 1178a6-7.

<sup>9</sup> Cfr. *Polít.* 1, 2, 1253a2-3.

<sup>10</sup> Cfr. *Et. Nic.* 10, 8, 1178b7.

<sup>11</sup> Sobre el sentido de estos términos véase J. Luis CONDE, "Subjetivación y vinculación en el proceso de envejecimiento", en *Anuario de Psicología* 73 (1997) 71-87 ss.

son capacidades, la capacidad de amar, por ejemplo, la de instruirnos, la de ser generosos, etc. Desarrollando estas capacidades nuestro ser se manifiesta cada vez más completamente, nuestro yo está más realizado, nos acercamos al cumplimiento del proyecto que somos, para el que estamos capacitados y en el que consiste nuestra perfección. Es lo que se llama autorrealización. Se trata sólo de ser lo que de hecho somos en potencia pero que aún no hemos logrado ser.

Las necesidades que experimentamos ejercen un efecto positivo sobre nuestras facultades, pues para satisfacerlas el hombre tiene que trabajar, lo que le obliga a cooperar con los demás y a activar su inteligencia; el trabajo, en efecto, si quiere ser eficaz, exige organización social y planificación. En este sentido decía Marx que el trabajo ha hecho al hombre. Este trabajo no es sólo el que busca los bienes materiales, sino también el que busca la verdad. En su *Estudio sobre la historia*, Toynbee constata que los grupos humanos que han contado con un entorno ecológico fácil no han progresado; la naturaleza les brindaba lo necesario sin que ellos tuvieran que esforzarse o ingeniárselas para conseguirlo: si el clima es benigno, por ejemplo, y se puede andar desnudo, no se desarrolla el arte del vestido. Los grupos humanos, en cambio, cuyo nicho ecológico era difícil se vieron obligados a trabajar cooperativamente y a aguzar el ingenio para superar el reto a que se enfrentaban impulsando así el desarrollo: el frío promovió el invento de la indumentaria, de los telares, de la alta costura, etc. Como suele decirse, el hombre se crece con las dificultades. Las necesidades humanas estimulan nuestras capacidades y las ponen por obra, lo que es una manera de enriquecernos. Quien no siente interés por la lectura o por navegar por Internet no actualizará en él las habilidades correspondientes (ni experimentará el placer que producen). Tener pocas necesidades o conformarse con las fundamentales e imprescindibles no es positivo, pues deja espiritualmente pobre al sujeto. Tampoco lo es, por supuesto, alimentar necesidades superfluas, como ya denunció Marcuse. Como en todo, también aquí hay que guardar un término medio. El objetivo es actualizar el potencial que llevamos dentro, hacer florecer las cualidades que están sembradas por el Creador en la naturaleza humana y que no hay que enterrar ni ocultar bajo el celemín; que el individuo se logre, esto es, que se haga, merced a su esfuerzo, lo que realmente le permiten ser sus facultades, que su existencia no esté por debajo de su dotación natural. La vieja alquimia había captado esta aspiración y la había compendiado en una frase lapidaria: *Hombre, sé esencial*. En esta perspectiva Schelling conminaba así al individuo: *Hazte idéntico*, es decir, actualiza lo que llevas implícito hasta que tu yo empírico sea idéntico con ese yo que puedes ser. Si no lo haces, te desperdicias y, además, dejas escapar la ocasión de saber quién eres realmente. Va de suyo que los fines últimos que se atribuyen a la vida humana son inalcanzables de manera plena, pero ofician de ideal normativo al que nos acercamos de manera progresiva. Asimismo hay que tener en cuenta que no todos tenemos las mismas facultades, sino que hay diferencias entre unos y otros; por eso cada quien debe ponerse como objetivo lo que está efectiva-

mente a su alcance, no más; pero no menos, pues entonces frustraría parte de su yo, no se viviría entero. Sabiendo de estas diferentes posibilidades de unos y otros, san Agustín proponía una regla muy pertinente: “Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes”<sup>12</sup>, es decir, por el hecho de que no estés capacitado para hacer lo que quieres no por eso dejes de hacer aquello para lo que sí estás capacitado. A este proceso por el que el sujeto consigue dar existencia a toda su esencia lo podemos denominar subjetivación, esto es, un proceso por el que el hombre desarrolla sus potencialidades y las hace habilidades actuales del sujeto empírico. En este desarrollo hay que incluir también al cuerpo; el cuerpo es la obra de muchos millones de años de trabajo divino –si hacemos caso a la teoría evolucionista– y no se lo puede menospreciar. En la antropología aristotélica y en la cristiana el cuerpo es el instrumento de que se sirve el alma para realizar sus operaciones; si queremos que el alma opere debidamente, su herramienta, el cuerpo, ha de estar en las debidas condiciones.

#### *La tercera edad y el crecimiento moral*

Cuando Cicerón (106-43 a.C.) o Séneca (4 a.C.-65 d.C.) hablan de la vejez en sus famosos tratados, el segundo en la forma de un epistolario dirigido a su amigo Lucilio, lo hacen en primer lugar en un tono apologético, enfrentándose a la opinión negativa que se tenía de ella. En su discurso reconocen que a esa edad desfallecen las fuerzas, se pierde aptitud para los cargos públicos, se ciegan muchas fuentes de placeres y de satisfacciones, la muerte está a la vista y son muchos los achaques que sobrevienen<sup>13</sup>, de modo que, asegura Séneca, la vejez es ella misma y por sí sola una enfermedad. Mucho antes que él Demócrito (siglo V a.C.) había dicho que la vejez es una mutilación del cuerpo entero que le deja, no obstante entero: lo tiene todo, pero a todo le falta algo<sup>14</sup>. Pero este declive no es global y trazan también un cuadro poderoso con las ventajas que se ofrecen en esa fase de la vida, sobre todo Cicerón, que tenía al escribir este tratado 60 años y que, como él mismo reconoce en una carta a su amigo Ático, lo escribió para confortarse a sí mismo. En la vejez se alumbran nuevos espacios en los que se pueden tascar satisfacciones inéditas hasta entonces, substancialmente espirituales, y que compensan con creces las habilidades perdidas. La mayor prudencia, una visión más certera de la vida, la dulce memoria del pasado, pero, sobre todo, el sosiego de las pasiones permiten al anciano practicar por fin las virtudes morales, cosa que el empuje de los instintos y la temeridad propia de la juventud le habían hecho difícil o impedido anteriormente. La lectura, la meditación, los consejos pedidos o impartidos, el contacto con los amigos y las reuniones doctas

<sup>12</sup> *La ciudad de Dios* 14, 15.

<sup>13</sup> Cfr. CICERÓN, *De senectute*, 15.

<sup>14</sup> Cfr. DIELS, *Fragmente der Vorsokratiker*, 296.

propician el ejercicio de las facultades intelectuales y la adquisición de la sabiduría, para las que ahora dispone de más tiempo. Catón el Viejo, dice, aunque no podía ya disfrutar de los manjares y de las bebidas, no quería perderse ninguno de los banquetes que organizaban sus amigos, para verse con ellos y para charlar de temas cultos, que era lo que más gusto le producía. El disponer de estas ventajas y aprovecharlas puede convertir los últimos años de la vida no sólo en una etapa gratificante en la biografía de un hombre sino en la más propicia para dar cumplimiento a los más altos fines de la naturaleza humana.

Cicerón o Séneca no hacen más que recapitular y repetir por enésima vez una doctrina firme y hasta rancia en la tradición culta de la antigüedad clásica, recogida y tratada bajo la rúbrica de sabiduría. El núcleo de esta doctrina es que la perfección y la felicidad humanas se cumplen en el ejercicio de las virtudes, las morales lo mismo que las intelectuales, y ambas no sólo pueden practicarse en una edad avanzada sino que esta edad es muy adecuada para hacerlo, si no la que más. En efecto, el mayor obstáculo de la vida moral son los apetitos carnales, muy fuertes en la juventud, que gusta de la bebida, del sexo y de las diversiones inmoderadas. Pero en la edad adulta estas pasiones se enfrían, como vemos con el placer sexual, el más emblemático de estos apetitos. Platón (429-347 a.C.) trae a colación en su diálogo *La República* la anécdota que se contaba del anciano Sófocles, a quien alguien preguntó cómo se desempeñaba en asuntos de amor, a lo que contestó el dramaturgo: “No me hables de eso. Me siento feliz de haber dejado tras de mí y haberme librado de un señor tan levantisco y frenético”<sup>15</sup>. También Séneca subraya las buenas disposiciones que la naturaleza misma genera en esta edad en orden a avanzar moralmente. Para entregarse a prácticas saludables, escribe, no hay mejor edad que ésta, en que las pasiones se despuman y casi se extinguen, en que la mente está enseñada por numerosas experiencias y en que el alma ha pasado por largos y repetidos pesares<sup>16</sup>. Nada más impropio en estos años finales que abrigar los mismos deseos y proyectos que en la juventud. Plutarco (46-120), que es un exponente del pensamiento más tradicional y académico de su tiempo, repite el argumento de que con los años se pierde la sensibilidad para los placeres de la mesa y del sexo, cosa que debe compensarse buscando los placeres del espíritu, esto es, cumpliendo acciones nobles, y alude a la de gobernar como a la más excelsa de todas ellas<sup>17</sup>. También él considera impropio y ridículo que los ancianos anden liados con amoríos. Recuerda el pasaje de Eurípides en *El Eolo* de que “Afrodita siente horror de los viejos” y trae a colación las palabras, llenas de humor, atribuidas a un

<sup>15</sup> *Rep.* 1, 328-30.

<sup>16</sup> Cfr. *Ep.* 68, 14.

<sup>17</sup> Cfr. *Si la política es asunto de los ancianos* 5: *Moralia* 786a-e.

<sup>18</sup> *Ib.* 9, 789a.

marido viejo que se casa con una mujer mucho más joven: “Sé bien que tomo mujer para mí y para mis vecinos”<sup>18</sup>.

La vejez, pues, exenta como está de esa servidumbre a las pasiones, constituye por naturaleza un campo fácil para la vida moral y es el momento adecuado para ejercitarse en ella haciéndose con aquellas virtudes que el hervor juvenil no permitió cumplir o consolidar. También para extirpar en nosotros los vicios contraídos, las imperfecciones y los malos hábitos que aún nos acompañan. Escribiendo a su amigo Lucilio, Séneca le da un consejo que es todo un programa para los entrados en años: “Emplazado ante la muerte, procura –le dice– que tus vicios mueran primero que tú”<sup>19</sup>. Una labor difícil ésta, no porque lo sea superar nuestras deficiencias, sino porque lo es, y mucho, reconocerlas ante nosotros mismos. Aquí habría que acudir a una ética especial, a una “ética de la intimidad”, una ética que rigiera ese diálogo que mantenemos solos con nosotros en el recinto de nuestra conciencia: analizarnos con rigor, sin narcisismos, sin embustes, deponiendo toda autoestima. No hay que olvidar que toda la vida nos la pasamos defendiendo nuestro yo, no ya ante los demás, sino ante nosotros y que solemos confundir el yo que exponemos en público con el yo que realmente somos.

Cabe formularse la pregunta de por qué hay que ser morales. Alguien podría conformarse con ser imperfecto, máxime teniendo en cuenta el esfuerzo que exige el salir de la propia imperfección. Para la filosofía antigua la respuesta era fácil, pues consideraba la perfección moral como parte integrante de la felicidad, y ser feliz es el objetivo natural que persigue toda criatura. Según Platón, nadie puede ser feliz si no es bueno, de ahí la inmortal sentencia de Sócrates de que es mejor padecer una injusticia que cometerla. Por eso Séneca puede decir que el premio de la virtud es haberla practicado<sup>20</sup> o que el castigo por el vicio es el mismo vicio<sup>21</sup>. En el pensamiento cristiano el seguimiento de la virtud y la huida del pecado vinieron a entenderse como comportamientos postulados por una autoridad externa, la divina, que premiaría el primero y castigaría el segundo. Esto induce a la práctica de la virtud por el premio que uno espera recibir y no por el premio que es ya la misma virtud, y a huir del pecado por el miedo al castigo que le infligirán más que por el castigo que es el mismo pecado para la persona que lo perpetró. En el planteamiento de los antiguos, actuando moralmente el hombre va tras su propio ser, avanza hacia el desarrollo progresivo y perfectivo de su yo. La virtud, escribe Cicerón, no es otra cosa que la naturaleza perfecta llevada a su máxima expresión<sup>22</sup>. El comportamiento moral nos saca del egoísmo, de la desconfianza, de la envidia, de la vileza y nos conduce a la generosidad, a la confianza, a la lealtad, al honor, en una palabra nos saca de la imperfección y

<sup>19</sup> Ep. 27, 2.

<sup>20</sup> Cfr. *Diál.* 7, 9, 4; *Ep.* 81, 20 y *passim*.

<sup>21</sup> Cfr. *Ep.* 97, 14: “Sceleris in scelere supplitium est”.

<sup>22</sup> Cfr. *De leg.* 1, 25: “Est autem virtus nihil aliud nisi perfecta et ad summum perducta natura”.

nos lleva a la perfección. La falta de virtud, más aún el vicio, deja nuestra persona en un estado de subdesarrollo o la deja malparada. Si alguien desea o se conforma con eso, con ser imperfecto y malo, no cabe argumentarle. Pero el que practica la virtud, ése tiene el argumento para ser moral, pues la satisfacción que experimenta le convence de que la vida moral merece la pena y de que la virtud, efectivamente, se premia sola. Otro aspecto que merece mencionarse es que los vicios son como ataduras que nos mantienen prisioneros; romper esas ataduras, acabar con los vicios, es tanto como obtener la libertad; en esta perspectiva ser morales es ser libres, lo que es un bien indiscutible<sup>23</sup>.

### *La tercera edad y el crecimiento intelectual*

El mismo horizonte se abre para las virtudes intelectuales y sus placeres, sin mayor relieve en la etapa juvenil debido a la dificultad y desabrimiento que entraña todo aprendizaje y a la facilidad con que el ánimo de los jóvenes se deja arrastrar por la inmediatez de los placeres corporales. Ahora, en la ancianidad, en que el cuerpo pierde sensibilidad y gusto por esos placeres, se despierta y afianza la sensibilidad y gusto por los placeres espirituales. Céfalos, el rico comerciante de la *República* de Platón, le confiesa a Sócrates que él mismo ha experimentado cómo al decrecer con la edad el disfrute de los placeres físicos ha visto crecer en él el deseo y el gusto por la conversación inteligente<sup>24</sup>. Platón contrapone claramente el cuerpo, patrimonio de los jóvenes, a la razón, el de la vejez, sumándose así a una larga tradición representada por los antiguos filósofos y dramaturgos. Una de las sentencias atribuidas a Demócrito suena así: "La fuerza y la belleza son bienes de la juventud, el de la flor de la edad, en cambio, es la sensatez"<sup>25</sup>. Y en Estobeo (450-500 d.C.) podemos leer una colección de dichos en este sentido, que testimonian la firme asociación que siempre se ha visto entre ancianidad y sabiduría. En la antropología de Platón, el cuerpo y el alma están unidos sólo externamente, de modo que aquél oficia de cárcel y freno de ésta y su dinamismo. El alma, en efecto, conoce mejor por sí sola que utilizando el cuerpo, pues el oído, la vista, el dolor, el placer, etc., son facultades y afectos corporales que engañan y perturban al alma<sup>26</sup>. Con los años la energía corporal y las pasiones se agostan, lo cual permite al alma emerger y actualizar su energía propia, por eso la vejez es el momento más propicio en la biografía natural del hombre para conocer la verdad y obrar virtuosamente. Séneca afirma que los años postremos de la vida están llenos de placer si uno sabe usarlos. Alude a la oportuni-

<sup>23</sup> Cfr. Emilio GARCÍA ESTÉBANEZ, "Elogio de la ética", en J. J. PORTERO MOLINA (Coord.), *Conocimiento y realidad. Estudios en homenaje a Jorge Riezu Martínez*, Salamanca, San Esteban, 2004, p. 110 ss; sobre el hecho del crecimiento moral en la tercera edad puede verse el artículo de varios autores "El desarrollo de los valores en la tercera edad: Un estudio desde el marco cultural-contextual", en *Revista de Psicodidáctica* 1-12 (2001) 119-132.

<sup>24</sup> Cfr. 328d

<sup>25</sup> DIELS, *FV* 294.

<sup>26</sup> Cfr. *Fedón*, 65c.

dad de leer las obras de los grandes filósofos, de dialogar con ellos como con nuestros confidentes, sinceramente, sin ceder a la adulación. ¡Qué dicha ponerse bajo su patronazgo!, exclama. Lo que hace falta, le aconseja a Lucilio, es no quedarse inactivo, sino trabajar para la posteridad y aprender uno mismo, pues esta edad es la estación propia de la sabiduría<sup>27</sup>.

### **Autarquía económica**

La exención, por tanto, de las pasiones que acompaña a la edad avanzada, crea las condiciones naturales ideales en la vida de un hombre para el cultivo de la vida moral y también de la especulativa, para entrar en el recinto de la perfección y felicidad humana.

Otra circunstancia que apunta hacia la vejez como a la edad propicia para cultivar la sabiduría es el tiempo libre de que dispone. Para llevar la vida de un sabio se requiere tiempo libre, un tiempo exento de trabajos y preocupaciones materiales, pues quien las tuviera estaría absorbido por ellas y no podría entregarse a sabiduría alguna, como es obvio. Tan obvio que los filósofos griegos emplean el término tiempo libre como sinónimo de felicidad. Sócrates, según Diógenes Laercio (siglo III), consideraba el tiempo libre, la *σχολή*, como la posesión más preciosa<sup>28</sup> y Aristóteles abre su tratado sobre la felicidad diciendo que parece que consiste en el tiempo libre<sup>29</sup>. Para vivir des preocupado de los asuntos materiales es indispensable contar con un apoyo económico estable, con una cierta riqueza. Quien tiene que ganarse día a día su pan o tiene que mendigarlo no está para programas intelectuales ni siquiera morales, menos cuanto más años tenga. La independencia económica es la condición que hace posible el tiempo libre y con él la perfección y felicidad del hombre. Aristóteles lo dice: la felicidad exige autarquía<sup>30</sup>. En el enfoque negativo del tema es más explícito y hasta cruel: los que realizan trabajos materiales, los que ejercitan el cuerpo, como los esclavos, los artesanos, comerciantes, etc., y no el espíritu, no pueden ser hombres perfectos, ni felices, ni, por consiguiente, tampoco ciudadanos propiamente dichos, pues todas las virtudes que hacen al hombre perfecto y feliz están residenciadas en la razón y su actividad. Por eso los que tienen que invertir sus energías en administrar su hacienda o en dirigir sus negocios o ejercer una profesión, como la militar, administrativa, etc., tampoco pueden darse a la sabiduría durante el tiempo que están dedicados a esos menesteres. El propio Cicerón, que dice no concebir una vida feliz sin el cultivo de la filosofía, asegura que no se puede llamar afortunado a un patrimonio que no permite el ocio nece-

<sup>27</sup> Cfr. *Ep.* 68, 14.

<sup>28</sup> Cfr. *Vida y sentencias de los filósofos ilustres* 2, 5, 31.

<sup>29</sup> Cfr. *Et. Nic.* 10, 7.

<sup>30</sup> Cfr. *Et. Eud.* 7, 2.

<sup>31</sup> Cfr. *Contra Academicos* 2, 2, 4.

sario para filosofar<sup>31</sup>. Ahora bien, en el currículum de un hombre el proceso ordinario es que se dedique a sus negocios y oficios en los años jóvenes y que se retire o tenga que retirarse una vez entrado en años. Al avanzar, pues, la edad se hace obligado llevar una vida de asueto, como le pasó a Céfalo, el rico comerciante, que, al hacerse mayor, delegó la dirección de sus negocios en sus hijos. Es decir, la independencia económica a la vez que el reposo es una ventaja regularmente asociada a la vejez, a la jubilación que diríamos hoy.

Este realismo de Aristóteles y de la antigüedad clásica en general vinculando bienestar material y sabiduría merece ser subrayado, pues hay mucha hipocresía académica y popular en torno a la riqueza y el dinero. Sin dinero, o su equivalente, no es posible o es muy difícil una vida feliz, menos en la ancianidad. No pocos autores han concedido a la riqueza y a la propiedad un efecto emancipador y dignificante en la vida del hombre. Recordemos a Locke, para quien la propiedad adquirida con el propio esfuerzo es una prolongación de la persona, tan inalienable y sagrada como ésta última. Schopenhauer, que se hace eco de la mala fama del vil dinero, recuerda, no obstante, la buena y necesaria función que desempeña. En efecto, argumenta, para cada una de nuestras necesidades hay un bien concreto que las satisface, el alimento para el hambre, el vestido para el frío, etc., pero el dinero puede comprar cualquier bien para cualquier necesidad y es, en este sentido, un bien absolutamente; como Proteo puede transformarse en cada momento en el objeto que satisface nuestros versátiles deseos y nuestras imprevistas necesidades<sup>32</sup>. La pobreza en la ancianidad es una gran desgracia, pues para entonces hemos perdido nuestra salud, nuestros parientes y nuestras fuerzas. El dinero es un sustituto de todo esto, sobre todo de nuestras fuerzas perdidas<sup>33</sup>. Con su cinismo característico decía Diógenes el Cínico (400-325 a.C.) que no es un incapacitado el cojo o el ciego sino el que no tiene bolsa; en efecto, el que la tiene puede pagarse un esclavo que lo traslade y que lo guíe. Otra cosa es el tema de la moderación y de la distancia que hay que mantener frente a la *auri sacra fames*. A este respecto pide el autor bíblico a Yavé que no le haga ni demasiado pobre ni demasiado rico, no sea que le maldiga, si es lo primero, o que se olvide de Él, si es lo segundo. La áurea mediocridad, esto es, una vida suficiente pero exenta de ambiciones, es también un ideal de la sabiduría pagana, recomendada por numerosos filósofos y poetas. Recordemos lo que se dice que dijo Sócrates al contemplar la exposición de remedios farmacéuticos en una botica: "la cantidad de cosas que no necesito". El dinero no puede identificarse ni con nuestra capacidad intelectual ni con nuestra entereza moral, como a veces se ha exagerado y ha sido objeto de crítica. Marx analiza este aspecto de la riqueza, muy popular: el que tiene dinero puede pagarse las mujeres más guapas, luego él mismo se cree guapo; puede

<sup>32</sup> Cfr. *Parerga und Paralipomena*, München, Piper, 1913, Vol. 1, cap. 3, p. 384.

<sup>33</sup> Cfr. *Ib.* cap. 6, p. 545.

granjearse la compañía de los filósofos, luego él mismo se cree un filósofo, etc. Marcuse apunta que algunos se piensan con la misma capacidad intelectual que la que tiene el motor de su coche: a más válvulas más inteligencia. No cabe duda de que el prestigio de la persona va ligado al de su dinero en ciertos círculos y épocas: “*Habes, habebis*” (tanto tienes, tanto eres) sentencia Petronio<sup>34</sup> (+ 66), pero estos extremos deplorables no son razón ninguna para preferir la pobreza. El Kohelet, el escritor sagrado que mira al mundo con un deje de sarcasmo, resume este asunto así: “Buena es la ciencia con hacienda, y es una ventaja para los que ven el sol” (*Ecl* 7, 11). Y el libro de la Sabiduría: “El rico, con sus riquezas, puede rescatar la vida; pero el pobre no tiene con qué rescatarse” (*Sab* 13, 8).

### El ocio griego

Así, pues, el ideal de sabiduría que se abre ante la vejez supone un seguro económico que permita entregarse al ocio. El ocio de que se trata aquí es el que se refiere específicamente a ocupaciones materiales, en manera alguna se habla de una desocupación pura y simple. Ésta es objeto de reproche, como se refleja en las repetidas alusiones que esta literatura hace a aquellos viejos que, reunidos en alguna esquina, se pasan el tiempo sonándose la nariz, quejándose del trato que reciben de sus familiares, baladronando de sus proezas juveniles y dando higas a la juventud de ahora<sup>35</sup>. Menos aún es un ocio aprovechado para llevar la vida de un filisteo, entregado a los placeres de la mesa y del sexo y arruinando la herencia de sus hijos, pues el viejo ya no está para eso y una vida así desdice de la dignidad con que debe rodear su persona y del ejemplo que debe constituir para los jóvenes. Se trata de un ocio empleado en actividades culturales y formativas, las propias de un sabio, las que ayudan a conseguir la perfección moral y especulativa, lo que se ha llamado ocio griego; el ocio puro y simple, el estar de más, es equivalente a la muerte, como afirma Séneca<sup>36</sup>. Esto puede parecer pretencioso y hasta una frivolidad si se piensa que a esa edad ya no está un hombre para semejantes empresas del espíritu. Sin duda que para muchos, sin contacto previo con la filosofía y sin mayores anhelos de perfección moral, así pudiera parecer. Pero esta actitud negativa y pesimista no merece ninguna comprensión en la tradición clásica sobre la vejez que venimos exponiendo. De nuevo nos remitimos a Séneca como testigo de esta tradición. Siendo ya mayor acude a la escuela de un filósofo para escuchar sus lecciones, cosa que le cuenta a su amigo Lucilio. “Vaya una edad para aprender, me dirás. ¿Y por qué no? ¿Hay cosa más tonta

---

<sup>34</sup> Cfr. *Sat.* 77, 6.

<sup>35</sup> Cfr. Plutarco: *Si la política es asunto de los ancianos* 8: *Moralia* 788a-b; Platón, *Rep.* 1, 3, 329a-b.

<sup>36</sup> Cfr. *Ep.* 82, 3: “*Otium sine litteris mors est et hominis vivi sepultura*”.

<sup>37</sup> *Ep.* 76, 1.

<sup>38</sup> *Ib.* 3.

que no aprender porque no se ha aprendido?"<sup>37</sup>. Y añade: "Hay que aprender cómo vivir mientras se vive"<sup>38</sup>. Y a la pregunta de qué provecho puede sacar de sus estudios estando ya a punto de partir de esta vida, contesta tajante: "para partir mejor"<sup>39</sup>. Pero, aunque hay que estudiar siempre, no procede que el anciano se sienta en la escuela elemental con los niños, lo que sería torpe y ridículo. Lo propio es que el anciano se ocupe de temas más sublimes que los que se imparten en la escuela elemental, a saber, los de la sabiduría, que son los que deben cuestionar a una persona mayor<sup>40</sup>; el joven debe apropiarse el saber, el anciano usarlo<sup>41</sup>.

En *La vida y sentencias de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio encontramos algunas anécdotas que nos ilustran sobre el tema que traemos entre manos. La ocurrencia de que alguien llegara a una edad avanzada sin conocimientos adecuados y se sintiera excusado de practicar una asignatura tan compleja como la filosofía, la excluye categóricamente Epicuro: "Nunca se es ni demasiado viejo ni demasiado joven para estudiar filosofía, por lo mismo que nunca se es ni demasiado joven ni demasiado viejo para ser feliz"<sup>42</sup>. También el fácil supuesto de que a esa edad lo indicado es disfrutar de un descanso merecido encuentra una respuesta adecuada, esta vez en Diógenes el Cínico: como alguien le dijera que, siendo ya tan viejo, debería tomarse un descanso, replicó: "¿Cómo? Si estuviera corriendo en el estadio, ¿habría de aminorar la marcha al acercarme a la meta? ¿No debería más bien acelerarla?"<sup>43</sup>.

La vejez, por tanto, en la antigüedad clásica no es una fase vacía, configurada por el declive y final de la fase anterior. Es una etapa que en virtud de sus características biológicas y cronológicas está especialmente dotada por la naturaleza para realizar el ideal humano de perfección. Esta idea de la tradición pagana docta la recogen también los doctores cristianos. Aunque algunos se muestran escépticos sobre la posibilidad de que un anciano logre controlar lo que no pudo en su juventud, sin embargo es más común la idea de que la ancianidad es todavía una ocasión para alcanzar la santidad, aunque hasta entonces se haya sido un pecador, pues uno puede ser invitado a trabajar en la viña del Señor a cualquier edad. Según san Ambrosio, los vicios son menos excusables en el anciano que en el joven, pues en éste las pasiones son más furiosas<sup>44</sup>. San Juan Crisóstomo dice en su comentario a la carta de san Pablo a los Hebreos que el anciano tiene la suerte de no sentir ya los placeres físicos, ventaja que debe explotar para purificar su alma, alzarla por encima de las pasiones y emplear toda su fuerza espiritual en la carrera de la salva-

<sup>39</sup> *Ep.* 68, 14.

<sup>40</sup> *Cfr. Ep.* 88, 2.

<sup>41</sup> *Cfr. Ep.* 36, 4.

<sup>42</sup> 10, 122.

<sup>43</sup> *Ib.* 6, 34.

<sup>44</sup> *Cfr. De poenitentia* 2, 8.

ción. La misma vejez es para san Jerónimo el fruto de una vida virtuosa, no el resultado de la higiene como quieren Plinio y ciertos rabinos, y si hay ancianos depravados, éstos han alcanzado su alta edad por obra del diablo. También san Agustín saluda la capacidad del anciano de resistirse a los placeres de Sunamita, aunque reconoce que en la vejez las pasiones tienen aún su empuje, pues hay dos partes que no envejecen en nosotros, el corazón, sede de los pensamientos impuros, y la lengua, que los expresa. Los mayores, añade el mismo san Agustín, deben, más que cualquier otro, preocuparse con la religión, cumplir obras buenas, fortalecer su alma y procurarse la salvación. Tertuliano censura a las mujeres que se despojan de la gravedad que les da la edad y pugnan por guardar su juventud, la edad precisamente del pecado; semejante locura está lejos de las hijas de la sabiduría<sup>45</sup>. La asociación entre vejez y virtud es tan fuerte que se toma la una por la otra, de modo que viejo no es tanto el que tiene años como el que tiene y muestra prudencia, aunque tenga pocos. Las canas son símbolo de la sabiduría. El hombre interior, repite muchas veces san Juan Crisóstomo, tiene el cabello blanco, al que hay que presentar respeto no por su color, sino porque este color es el de la virtud. Nada hay más detestable que un viejo vicioso, al que Dios ha puesto una corona de cabello blanco en la cabeza como una diadema, y él se encarga de desmentirla con su conducta depravada, lo que le hace ridículo, da mal ejemplo a los jóvenes, de los que encima pide respeto. Y san Agustín atribuye a la blancura de los cabellos el simbolismo de la inocencia: nuestras obras deben ser como la cabeza del anciano, blancas, sin las negruras del pecado. Orígenes explica que en las Sagradas Escrituras se llama ancianos (*presbyter*) a algunas personas no por su alta edad, sino para expresar su madurez de juicio y su gravedad de vida. Tal nombre nunca se da a los pecadores por muy viejos que sean ni a otros personajes sin esas cualidades; ni Adán ni Matusalén ni Noé son llamados presbíteros aunque cumplieron la pila de años<sup>46</sup>.

El cristianismo, pues, también contempla la ancianidad como una etapa que, por su misma naturaleza, ofrece especiales posibilidades de perfeccionamiento, si bien, como no podía ser menos, ese perfeccionamiento se centra en la vida religiosa. Los doctores cristianos substituyeron el ideal de sabiduría por el de santidad. Si se tiene en cuenta que la mayor parte de la población vivía en la pobreza, no tenía estudios ni tiempo libre ni una ancianidad descansada y que no podía, por tanto, aspirar ni tan siquiera soñar en el modelo elitista de sabiduría que les ofrecía el paganismo, este proyecto cristiano resulta más realista y humano, pues hace posible a todos el ideal de perfec-

---

<sup>45</sup> Cfr. *De adorno feminarum* 6, 6.

<sup>46</sup> Cfr. *Comm. in Jesu Nave*, Hom. 16: PG 12, 905-6; véanse las referencias en George MINOIS, *Histoire de la vieillesse*, Fayard, 1987, vol. 1, cap. 5.

ción al ser los valores religiosos accesibles a todos. El cristianismo consiguió de esta manera ofrecer a la gran masa de hombres un sentido y una ilusión a sus vidas, una razón de vivir con dignidad y autoestima.

### *La visión negativa de la vejez*

Tanto en la perspectiva pagana como en la cristiana la ancianidad es concebida como una etapa activa y creadora. Inherente a la misma es el imperativo categórico de ir tras la virtud y de atreverse a saber, o a ser santo. Pero como toda otra proposición, ésta tiene sus alternativas y sus objetos.

Para Aristóteles el cuerpo y el alma forman una unidad funcional y, por tanto, la decrepitud del cuerpo y los sentidos va acompañada paralelamente de la decadencia del alma o razón. El entendimiento envejece lo mismo que el cuerpo. El mejor momento del espíritu coincide con el acmé biológico, hacia los 49 años. A partir de ahí, empieza el declive del cuerpo, al que acompaña inexorablemente el de la inteligencia. Nada más opuesto a la naturaleza que conceder a los de esa edad cualquier tipo de liderazgo o preeminencia. El régimen gerontocrático de Esparta es lo más reñido con un buen modelo de gobierno, que debe estar en manos de gente joven y vigorosa. La estampa que traza de los viejos en su *Retórica* es muy negativa y se convirtió en un lugar común para la literatura posterior sobre este tema. La mayor experiencia, escribe, que tienen los ancianos no es ninguna garantía, pues frecuentemente, dada su debilitada inteligencia, no saben interpretarla correctamente. La vida les ha decepcionado muchas veces, lo que les hace pensar mal de todo y esperarse lo peor de cualquier cosa. Son desconfiados y de espíritu mezquino, pues la vida les ha humillado. Consecuentemente, no aspiran a nada grande o sublime sino que se centran en sus necesidades vitales y en vivir con comodidad. Por eso tampoco son generosos sino egoístas, pues la riqueza es una de esas necesidades y ellos saben lo mucho que cuesta conseguirla y lo fácil que es perderla. Son misericordiosos, pero no por amor a los hombres, como es la juventud, sino por debilidad, porque piensan que lo mismo les puede ocurrir a ellos. No les pueden las pasiones, de modo que su conducta no se gobierna por impulsos, cosa que hace parecer temperada a esta gente, pero la verdad es que se guían por el cálculo y por el lucro más que por la virtud<sup>47</sup>. Otros rasgos que les atribuye son que hablan mucho de sus cosas y del pasado, que son miedosos, que están apegados a la vida, que no tienen una opinión firme, etc. Sin embargo, en otras entradas temáticas, fundamentales en su filosofía, Aristóteles mantiene posiciones muy distintas a la que refleja en este texto. Así, en sus obras morales afirma que la prudencia, virtud sin la

<sup>47</sup> Cfr. *Reth.* 2, 13, 1389b-1390a.

<sup>48</sup> Cfr. *Et. Nic.* 6, 12, 1143a25-28; b6-9.

<sup>49</sup> Cfr. *Cfr. Ib.*, 9, 1142a11-19.

<sup>50</sup> Cfr. *Et. Nic.* 1, 10, 1100a1-5; *MM* 1, 4, 1135a1-9.

cual no puede darse ninguna otra, se adquiere con la experiencia, una larga, de modo que el prudente por naturaleza es el anciano<sup>48</sup>, conclusión que completa añadiendo que los jóvenes no pueden tener esa virtud<sup>49</sup>. Igualmente, y de acuerdo con la cultura griega, enseña que la perfección moral es una parte integrante de la felicidad, de ahí que los niños no pueden ser felices<sup>50</sup>, lo que significa que la vida buena, la perfecta y feliz, es un objetivo que propiamente sólo puede alcanzarse en la edad madura y la vejez. Atendiendo a esto, quizá sería conveniente interpretar el texto de su *Retórica* no como una descripción de lo que es el viejo sino como la descripción de lo que no debe ser.

Montaigne (1533-1592) también pertenece a esta corriente detractora. Es agudo en esta tarea y sabe citar en su favor la opinión de algunos escritores antiguos. La vejez es una calamidad y resulta una impostura atribuir a virtud lo que es efecto de la decrepitud y de la incapacidad de disfrutar de la vida. No hay mérito alguno en no darse al desenfreno cuando se es impotente. La saciedad de nuestros apetitos no se puede llamar arrepentimiento. “Mis tentaciones –escribe– andan tan quebrantadas y mortificadas que no necesito oponerme a ellas”<sup>51</sup>. No es templanza y castidad la que debemos a los catarros o a un cólico<sup>52</sup>. Tampoco abriga un parecer mejor con respecto a su clarividencia y cordura. “Llamamos prudencia a la dificultad de nuestros humores y al disgusto de las cosas presentes”<sup>53</sup>. Y resume impertérrito: “No veo, en fin, que mi razón posea ninguna nueva claridad, ni que, si se halla convaleciente de sus errores, sea más que con malhadada convalecencia. ¡Triste remedio es deber a la enfermedad la salud”<sup>54</sup>. Lo que debe hacerse en esa edad, ya que hay que hacer de la caducidad virtud, es disfrutar la vida sin afrontar unas empresas para las que ya no alcanza la edad. A este particular cita Montaigne algunos dichos antiguos que son la contrapartida de lo que hemos citado antes. Eudemónides, viendo a Jenócrates, muy viejo ya, sentado en los bancos de la escuela, comentó: “Este tipo ¿cuándo va a aprender algo, si todavía sigue estudiando?”. Y Filopemen, al ver al rey Ptolomeo que practicaba a diario las armas: “Ya está bien de practicar a esta edad, ¿no? Lo que tiene que hacer a sus años es usarlas”<sup>55</sup>. Tiene por idiota a Catón, que se dio al estudio del griego al final de su vida. Él mismo, asegura, no programa nada para más de un año. Su gran principio es que alguna vez a lo largo de la vida debemos dejar sentir los años sobre nuestros estudios y nuestros deseos, que éstos tengan la edad de uno, y no rejuvenecerlos una y otra vez, como si no tuviéramos ya un pie en la sepultura. Para Montaigne la edad en que se alcanza el máximo rendimiento no pasa de los 30 años: todas las grandes hazañas de la historia las hicieron hombres con menos de 30 años, como Aníbal o Escipión.

---

<sup>51</sup> *Ensayos* 3, 2.

<sup>52</sup> Cfr. *Ib.*

<sup>53</sup> *Ib.*

<sup>54</sup> *Ib.*

<sup>55</sup> *Ib.* 2, 28

De sí propio puede testimoniar que la decadencia empezó a sentirla con esa edad.

Estas observaciones de Montaigne merecen ser atendidas: cuando se es mayor hay que cuidarse de no atribuir a virtud lo que es incapacidad y de no negar la edad volviendo a actividades propias de la juventud. Hay que permitir que la vejez se instale serenamente en todo nuestro ser. Esta advertencia vale también para todas aquellas instituciones que se ocupan de los mayores, pues se corre el riesgo de inducirlos a realizar actividades que no cuadran con sus años o a satisfacer necesidades que no sienten impidiendo que expresen y satisfagan las que realmente sienten. Simone de Beauvoir advierte del peligro que entraña la ideología moderna sobre el anciano, que quiere presentarlo como virtuoso y sabio, lo que fácilmente se traduce en una compulsión a que lo sea, a que adopte el rol que la sociedad le tiene reservado. Sin embargo, la concepción antigua de que la ancianidad es la edad del hombre en que la naturaleza misma crea las condiciones apropiadas para la virtud y el saber no pierde consistencia. Como decía san Juan Crisóstomo, las circunstancias con que la naturaleza dota a esta edad hay que leerlas como un imperativo de crecer personalmente en virtud y saber y en beneficiar a la sociedad, de suerte que lo contrario sería faltar a la ley natural, al deber que le debemos a los años. Schopenhauer, que tiene un pequeño estudio sobre las edades del hombre<sup>56</sup>, formula la sospecha de que el apagamiento de las pasiones con los años pueda significar la extinción de lo que es nuclear en la vida, siendo el resto de ella una mera cáscara. En todo caso, observa sobria y atinadamente que, dado que las fuentes de placer corporal se ciegan con la edad, es bueno acudir a la fuente que aún sigue manando, la espiritual o intelectual. También él piensa que el acmé tanto fisiológico como mental se sitúa en los 35-36 años y que a partir de ahí empieza la decadencia y se vive de las rentas. A pesar de ello, la sabiduría es natural o inherente a las edades mayores. La juventud, ciertamente, es la edad en que más se puede conseguir con menos elementos, pero con los años se alcanza más penetración, juicio y profundidad. Para este tiempo se han reunido experiencias y conocimientos y ahora se puede establecer entre ellos comparaciones, relaciones, combinaciones, etc., y obtener una imagen más completa y veraz de la realidad. El anciano ve la vida en una perspectiva muy larga, ve incluso su final, mientras el joven sólo ve un corto trecho de ella y desde la entrada. La edad mayor es, pues, la edad del saber propiamente dicho, si bien la raíz del árbol del conocimiento es la juventud. Los grandes escritores concluyen sus obras maestras hacia los 50 años, que es la edad en que se hacen dueños del material que han recogido en sus años jóvenes. Los primeros 40 años de nuestra vida nos surten del texto, los siguientes treinta del comentario al mismo, el que nos da el significado y el alcance de los pliegos redactados<sup>57</sup>. Lo curioso, dice, es que al final de la vida

<sup>56</sup> *Parerga und Paralipomena*, cap. 6.

<sup>57</sup> Cfr. *Parerga und Paralipomena*, e. c., p. 536-543.

es cuando comprendemos nuestros propios fines y objetivos y cuando nos damos cuenta del verdadero carácter de las personas que nos han rodeado toda la vida.

Las investigaciones modernas suelen confirmar que la edad creativa es anterior a los 30 años, como se comprueba con los genios. Lehman llevó a cabo un estudio que confirma este extremo<sup>58</sup>. Este mismo autor establece una diferencia entre la capacidad propia del joven y la del anciano. Aquél está mejor dispuesto por la naturaleza para asimilar las novedades y para formular soluciones nuevas a problemas nuevos. Éste, frente a esas novedades, está en desventaja, pues para hacerse cargo de ellas tiene antes que desaprender lo que sabe y aprender de nuevo, lo que es una operación más que en el joven. Ahora bien, cuando los cambios no son tan continuos y drásticos, los mayores están mejor preparados que los jóvenes, gracias a las experiencias y conocimientos que acumulan. Esta tesis es muy discutida, pero aquí nos basta con destacar que a la tercera edad se le reconoce un campo de conocimiento para el que está mejor equipada que cualquier otra, con lo que se acredita el planteamiento de Schopenhauer y de otros muchos de que cada fase de la vida tiene su propia superioridad. Esta conclusión también puede obtenerse de la doctrina antropológica de Platón. Esta doctrina distingue tres tipos de hombres según predomine en ellos uno de los tres caracteres que acompañan al alma humana. En unos domina el deseo de bienes materiales, los filouteros, que son no tanto los amantes de la buena mesa y cama cuanto los que producen y fomentan los bienes y servicios que consume una sociedad, los empresarios, los comerciantes, los artesanos, los obreros y los esclavos, es decir, el mundo de la producción, de la economía y del empresariado. En otros predomina el alma noble y aguerrida, los filónicos o filótimos, amantes de la gloria y del honor, buenos para labores militares y policíacas con las que proteger a la ciudad. En otros predomina el deseo de saber, los filósofos, la mejor clase, la que de suyo debería hacerse cargo del gobierno de la sociedad. Platón enseña que en cada hombre predomina una de estas almas o caracteres, pero cabe contemplarlos también como presentes todos ellos en cada uno, sólo que manifestándose en un orden temporal. El último sería el deseo de saber, que surge en el hombre cuando su biografía física y social está mejor dispuesta para ello, a saber, en la edad más avanzada. En las anteriores todas las circunstancias le empujan a procurarse una posición económica y una posición social. No cada hombre, sino cada edad tendría un cometido específico.

---

<sup>58</sup> Harvey C. LEHMAN, *Age and Achievement*, Princeton, 1953; cfr. Marcos F. MANZANEDO, "Sobre el pensamiento creador", en *Studium* 41/3 (2001) 421-436.

VINCULARSE. EL COMPROMISO SOCIAL EN LA TERCERA EDAD

Decíamos que el hombre es por naturaleza un animal social, lo cual significa, por un lado, que el hombre no puede vivir y realizarse como no sea en sociedad, y, por otro, que tiene un deber para con la sociedad. La virtud por la que respondemos a este deber y nos ocupamos del bien de la sociedad es la política.

*Elogio de la política*

De entre las virtudes prácticas pocas tienen tan mal predicamento en nuestros días como ésta de la política. La gente la asocia con egoísmo, ambición, afán de éxito, de poder y de riquezas, partidismo y otra serie de maldades. Para los antiguos, en cambio, la actividad política es la más excelente y la más humanitaria de todas, la que procura el bien más grande, el bien común, que es a la vez el bien de uno mismo y el bien de todos los otros. Platón atribuye a la política un valor soteriológico<sup>59</sup>. Aristóteles tiene dos discursos sobre la perfección y felicidad del individuo. En uno de ellos cifra la virtud suprema del hombre en el orden especulativo, a saber, en el seguimiento y contemplación de la verdad, y en esta actividad consistiría la perfección humana. Pero también cifra esta perfección en el orden práctico, a saber, en el ejercicio de la virtud suprema en este orden, que es la política, pues ésta promueve el bien del individuo y de la ciudad, el bien común, que es el bien más grande accesible al hombre. Para entender esta doctrina de los sabios de la antigüedad debemos distinguir la política de corte maquiavélico, que tiene por objeto el logro, conservación y extensión del poder, y la política que se constituye intrínsecamente por su ordenación al bien común. Esta última la consideraban ellos la actividad más noble del ciudadano. Séneca<sup>60</sup> y Plutarco recogen una idea común en el pensamiento clásico, a saber, que la filosofía que uno aprende lo pone en armonía consigo mismo y le satisface a él. En cambio, la que uno enseña a un dirigente político o a otro responsable de una comunidad beneficia al conjunto de los dirigidos, que son muchos, y produce la armonía entre ellos<sup>61</sup>. Para nosotros no sería enseñar a un político sino participar en política de las múltiples maneras en que ello es posible, una de ellas dando el voto a los dirigentes políticos que parecen más honestos y competentes y que presentan los programas más acertados.

Hoy, en referencia a esta virtud de la política, se habla de caridad política, de cultura samaritana, de civilización del amor, siguiendo la doctrina y terminología del Vaticano II y de Juan Pablo II. No se trata de la caridad tradicio-

<sup>59</sup> Cfr. *Leyes*, 12, 960d-962b.

<sup>60</sup> Cfr. *Ep.* 115, 18.

<sup>61</sup> Cfr. *El filósofo debe tratar principalmente con los grandes*, 1-2: *Moralia* 776a-ss.

<sup>62</sup> Véanse los artículos de Rafael AGUIRRE y Luis GONZÁLEZ CARVAJAL SANTABÁRBARA en *Corintios XIII* 110 (2004).

<sup>63</sup> *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, 257.

nal, más o menos personal, sino de una caridad ejercida a través de las estructuras y de los servicios públicos<sup>62</sup>. Respondería al planteamiento de Hegel que concibe el proceso de la historia como una transformación sucesiva de los principios morales que abrigan los individuos o grupos en normas jurídicas válidas para toda la sociedad; “el Estado –escribe– es la realidad efectiva de la idea ética”<sup>63</sup>. Por este proceso la solidaridad (o la caridad) se transforma en ley y en derechos, esto es, la caridad se institucionaliza. Para lograrlo hay que intervenir en política presionando a fin de eliminar las estructuras injustas e implantar unas que sean justas.

La participación activa en la política es una tarea que el Magisterio de la Iglesia considera una obligación de los cristianos: “No querer tomar parte alguna en la vida pública –escribe León XIII– sería tan reprehensible como no querer prestar ayuda alguna al bien común”<sup>64</sup>. Y el Vaticano II elogia la profesión de los políticos: “Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer ese arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y toda ganancia venal”<sup>65</sup>. El Papa Juan Pablo II reacciona con dureza contra la mala opinión que se abriga de los políticos: “Las acusaciones de arribismo, de idolatría de poder, de egoísmo y corrupción, que con frecuencia son dirigidas a los hombres del Gobierno, del Parlamento, de la clase dominante, del partido político, como también la difundida opinión de que la política sea un lugar de necesario peligro moral, no justifican lo más mínimo ni la ausencia ni el escepticismo de los cristianos en relación con la cosa pública”<sup>66</sup>.

Para los griegos, ya desde muy antiguo, el compromiso político formaba parte natural del concepto de ciudadano, como se desprende de las palabras pronunciadas por Pericles (495-429 a.C.) hace ya 2.500 años, palabras que nunca debieran haberse olvidado: “quien no se informa de los asuntos públicos y no participa en ellos no es un despreocupado, es un huevón”<sup>67</sup>.

### *La tercera edad y la participación política*

Entre los objetivos que son competencia de la tercera edad merece señalarse expresamente este de la política. Desde luego, lo era para los antiguos. En el planteamiento platónico la gestión política, a la que, como hemos dicho, atribuye un efecto salvífico, debe correr a cargo de los sabios, de los filósofos; sólo cuando éstos sean los gobernantes cabe esperar una organización social perfecta. Séneca, ya mayor, anuncia que ha decidido lanzarse a la política, buscar los honores, los estandartes y la púrpura, no por éstos, sino

<sup>64</sup> *Immortale Dei* (1885), 22: BAC, Doctrina Pontificia, t. 2, p. 216.

<sup>65</sup> *Gaudium et Spes*, 75.

<sup>66</sup> *Christifideles laici*, 42.

<sup>67</sup> TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, 2, 40.

<sup>68</sup> Cfr. *De tranquillitate animi*, 1, 10.

para estar mejor preparado y ser más útil a los amigos, a los allegados, a todos los ciudadanos y a la humanidad entera<sup>68</sup>. Plutarco vuelve a ser una referencia obligada a este respecto. Este autor, que vive en parte en el siglo II de la era cristiana y que, aunque instalado en el mundo romano, es de cultura griega, es un fiel testigo y transmisor de las ideas y valores cultivados por la clase ilustrada tanto de la tradición griega como de la romana. Sobre el tema de si el anciano debe abandonar los asuntos públicos su respuesta es rotundamente negativa. Según él, el hombre es por naturaleza político (social), su vida es comunitaria y, por tanto, ha de estar preocupado por su comunidad mientras viva. Ejercer la política no estriba sólo en ocupar un cargo oficial o en pronunciar discursos; se ejerce como político cuando procura uno enterarse de los problemas sociales y de las decisiones que se anuncian, cuando se expresa la propia opinión aprobando o desaprobando, todo ello cada día y con ánimo de influir en los resultados. La política la concibe Plutarco como una forma de lo que hoy llamamos caridad. El ciudadano auténtico, escribe, ama a sus conciudadanos y a su ciudad, y por esta razón participa en política. Político es el que ama a los demás y se propone expresar ese amor de manera eficaz. Por eso la política es una liturgia, vale decir, un servicio u oficio sagrado que debe asumir todo hombre de bien, más que ninguno el anciano, pues con su sensatez, sabiduría y falta de envidia, es el mejor cualificado para tal función, mejor, desde luego, que lo están los jóvenes<sup>69</sup>. También Montaigne hace algunas reflexiones en la línea que estamos siguiendo. Lamenta que las leyes no permitan que los jóvenes manejen sus propios bienes y puedan disponer de ellos autónomamente hasta cumplidos los 25 años, pero piensa asimismo que no debe prescindirse de los hombres de edad: "Opino que debiéramos extender nuestra profesión y ocupación tanto como pudiéramos, en beneficio público"<sup>70</sup>.

La equiparación de la solidaridad con una especie de sacerdocio que hace Plutarco se puede hacer derivar también de la enseñanza de Jesús. En la conocida parábola del samaritano (*Lc* 10, 30-37) introduce las personas de un sacerdote de entonces y un levita que, camino del templo de Jerusalén para prestar sus oficios, se encuentran con un hombre malherido al que habían asaltado unos ladrones. Ambos pasan de largo. Un samaritano, en cambio, que lo ve, se compadece de él y le presta auxilio. Queda excluido que los dos ministros del templo fueran insensibles al dolor ajeno; si fuera así, la parábola no enseñaría nada que no fuera evidente y la pregunta de quién de los tres se comportó como prójimo del malherido resultaría ociosa; simplemente, la pureza exigida para desempeñar los ritos culturales ante Yavé en el templo les impedía ocuparse del malherido para no contaminarse; fue la devoción y respeto a Dios lo que les hizo pasar de largo, con gran quebranto de sus sentimientos sin duda alguna. La enseñanza que puede extraerse de esta parábola,

<sup>69</sup> Cfr. *Si la política es asunto de los ancianos*, 14: *Moralia* 791c-d; 26, 796e.

<sup>70</sup> *Ensayos* 1, 57, e. c., p. 265-6.

que es quizá la enseñanza que Jesús quiso transmitir, es que el auténtico sacerdocio, el nuevo que él inaugura, no se cumple en las liturgias del templo, sino en esta liturgia de la solidaridad. El nuevo sacerdote es el que se ocupa de su prójimo. Si es así, podría verse en el político, tal como lo concibe Plutarco, al sacerdote del nuevo reino fundado por Jesús. Si se tiene en cuenta el gran peso político que posee hoy la tercera edad, cuyos votos se disputan los partidos, habría que subrayar la oportunidad que se le ofrece de ejercer este sacerdocio y no pasar de largo ante tantos malheridos con los que nos encontramos en nuestras sociedades, a los que una política justa y humanitaria podría socorrer. Antes recordábamos la doctrina de Aristóteles de que comportarse de acuerdo con la razón es 'hombrear'. Jesús, en cambio, da a entender en algún momento que el comportamiento específico del hombre, el que le hace un hombre, es el auxiliar a los necesitados: cuando las gentes, viendo las sanaciones que hacía y los exorcismos que practicaba, quisieron proclamarle Mesías, él se limitó a decirles que no era más que un hijo de hombre. Quiere decir, ayudar a los demás es sólo obrar como hombre, es 'hombrear'; la esencia humana se cumple en la solidaridad. Plinio el Viejo (23-79), en una frase famosa, califica este comportamiento solidario como divino; para él, la función principal de los dioses es ayudar a los hombres; por lo mismo, el hombre que ayuda a otro hombre oficia de dios<sup>71</sup>.

#### CONSIDERACIONES

El grupo de la tercera edad es hoy numeroso y lo será cada vez más. Culto, y lo está siendo cada vez más. En él los hay que son autárquicos económicamente, con salud, con tiempo libre y con una larga vida por delante. El mensaje que difunde a diario la realidad es que el dolor y la injusticia reinan por doquier en torno nuestro, en el barrio, en la nación, en el mundo; hay mucho que hacer para que no haya grupos marginados, ni minorías explotadas, ni analfabetos, ni niños hambrientos, ni ancianos abandonados. Cuando se contemplan estas miserias, no suena humano reducir la tercera edad, para este grupo verdeante, a un descanso merecido. Dice Montaigne que dejemos que los años impregnen nuestro ser, pero, añadamos, no dejemos que lo extingan prematuramente. Como dice san Juan Crisóstomo, esta edad es una ocasión natural para realizar determinadas obras buenas y no debe desaprovecharse. Sin duda, durante la etapa anterior de la vida se ha tenido que trabajar duro para construirse una vejez segura, para cumplir, tras la jubilación, algunos deseos e ilusiones como viajar, practicar actividades recreativas, formarse en alguna disciplina, permitirse algún capricho, etc., para todo lo cual no ha habido recursos o tiempo u ocasión. Tras una vida de trabajo se tiene derecho a todo eso, sin duda. Ahora bien, ¿se puede limitar la tarea de la tercera edad a esa sola dimensión? ¿Descansar y disfrutar hasta que el cuerpo o la cabeza aguanten, al modo de un filoqueerdo platónico o como el filisteo de

---

<sup>71</sup> Cfr. *Hist. Nat.* 1, 7, 18: "Deus est mortali iuvare mortalem".

Schopenhauer? ¿No debe, más bien, conjugarse ese derecho con la rentabilidad personal y social de nuestras capacidades y de nuestro tiempo? Refiriéndolo al tema que tratamos aquí y de acuerdo con el pensamiento antiguo, la forma más eficaz de responsabilizarse del bien de la comunidad y del de sus miembros y de rentabilizar el retiro es el compromiso político, sin restar mérito alguno a otras actividades de proyección social, como el voluntariado y otras muchas más. El colectivo de la tercera edad es hoy una fuerza política poderosa y será muy pronto, dentro de una década o poco más según algunas predicciones, un factor decisivo en las elecciones. En Estados Unidos los mayores destacan por lo bien organizados que están en orden a defender sus derechos y privilegios y, aunque son menos en número que otros grupos de edad, que los jóvenes por ejemplo, el porcentaje de los que acuden a votar es mayor que el de estos últimos. Los políticos conocen esta fuerza y buscan ganarse los votos de los mayores. Éstos deben saber que con su implicación y con sus votos pueden contribuir al mejoramiento de la sociedad, pero también a impedir el progreso, la justicia social, la renovación de instituciones obsoletas, etc. Es clara la responsabilidad que les concierne de traducir su peso político en peso moral.

Una de las formas de practicar este compromiso o vinculación con la sociedad es tomar conciencia del precio que el bienestar de los mayores supone para la sociedad. El sistema hace que las pensiones las pague la generación de activos; cuando la relación entre éstos y los pensionistas está descompensada, de modo que pocos activos tienen que sostener a muchos inactivos, la carga que aquéllos soportan puede ser muy pesada. En el año 2001 la tasa de dependencia demográfica se situó en el 25,4%, es decir, 100 activos sostenían a 25,4 inactivos (activos se considera a los de 16-64 años); para el 2020 estará en el 30,7%, y en el 2050 en 56,2%. En las sociedades desarrolladas el colectivo de los mayores de 65 años va camino de convertirse en el predominante, más numeroso que el de los niños y poco inferior al de los activos. Estas sociedades serán pronto como gigantescos asilos, según pronostican algunos<sup>72</sup>. Los activos tendrán sobre sus hombros la pesada carga de alimentar tanto al grupo de los mayores como al de los niños, así como a enfermos, parados, etc. De momento ya es un dilema a qué colectivo dar prioridad en los presupuestos del Estado, si a la educación de los niños y jóvenes, si a los parados o si a las pensiones y asistencia de los mayores. Con su solo peso demográfico pero también con su poder político la tercera edad puede adjudicarse los recursos sociales con detrimento de otras clases de edad. Si proce-

<sup>72</sup> Cfr. Frank SCHIRRMACHER, *El complot de Matusalén*, Madrid, Taurus, 2004.

<sup>73</sup> Cfr. José BAREA TEJEIRO, "El peso económico de los mayores", en *Dimensiones económicas y sociales de la familia*, Fundación Argentaria, 2004, pp. 203-218; Paul JOHNSON, "Population ageing, social security, and the distribution of economic resources", en A. Harry LESSER (ed.), *Ageing, Autonomy and Resources*, Aldershot, Ashgate, 1999, p. 142-160.

<sup>74</sup> Cfr. Clark WOLF, "Health care access, population ageing, and intergenerational justice", en A. Harry LESSER, o.c., p. 212-245.

diera así, esta clase, la de los mayores, puede convertirse en una clase explotadora<sup>73</sup>. A este respecto, algunos analistas pronostican para un futuro no lejano un conflicto de generaciones, más importante que el de civilizaciones pronosticado por Huntington<sup>74</sup>.

Parecida reflexión debe hacerse respecto a la utilización de los servicios sanitarios. Los mayores de 65 años son el 17%, de la población española y ocasionan el 50% del gasto del Sistema Nacional de Salud. Los mayores de 65 años acaparan el 77,4% del consumo farmacéutico, entre el 40% y 50% de la ocupación hospitalaria, la mitad de todo el tiempo de la atención primaria, el 50% del tiempo de los médicos de familia, el 90% de las visitas domiciliarias<sup>75</sup>. Se sabe que la gratuidad de estos servicios genera exceso de consumo en la población en general; es un buen caso para que la sabiduría de los mayores se adelante con un ejemplo de moderación y de solidaridad. El mayor, dice Oilda Montoya, Presidenta de la Unión Democrática de Pensionistas, no debe pensar que se lo tienen que dar todo. Ante estos datos y juicios hay que insistir en que la tercera edad no debe considerarse culpable de ninguna manera, ni siquiera que es objeto de un tratamiento gracioso; no hay que sacar en absoluto ninguna conclusión o reflexión en esta línea. La única que cabe sacar es la que venimos exhortando apoyados en la filosofía de los antiguos: que el mayor es propio que destaque por su responsabilidad social. Esto postula que el mayor no abuse de los beneficios que la sociedad pone a su disposición y que tome aquellas medidas, recomendadas por los médicos, que le protegen de caer enfermo, como el ejercicio, una buena dieta, evitar el tabaquismo y el sedentarismo, etc. Según el informe de la Fundación BBVA del 2002, estas medidas pueden bajar más los gastos sanitarios y proporcionar una mejor salud que los adelantos tecnológicos. Lo mismo recomienda Luis Rojas Marcos en el prólogo al libro *Ángeles anónimos* (436 iniciativas de participación social), publicado por la Caixa, junio 2002. Hay que tomar conciencia de esto y obrar en consecuencia apeándose del discurso, a que se es tan aficionado cuando se obra contra la propia salud, de que “de algo hay que morir”; hay que saber que lo habitual es una enfermedad más o menos larga antes de la muerte, con dependencia en muchos casos, y que ello significa un gran quebranto para los demás y costes. Mientras la sociedad se rija por el principio de que al enfermo hay que asistirle sin hacer preguntas sobre si es culpable o no de su estado, el particular no puede hurtarse a la obligación de cuidar su salud: la sociedad ha logrado ese nivel de responsabilidad, el particular debe alcanzarlo, el mayor el que más. Un estudio de la universidad de Harvard sobre los ancianos acogidos en residencias constató que los que realizan alguna actividad en el centro como regar las plantas u otras están más satisfechos y tienen mejor salud que los que no hacen nada; la disponibilidad de tiempo es patógena; la satisfacción es mayor cuando el trabajo

---

<sup>75</sup> Datos del 2003, ofrecidos por la SEGG (Sociedad Española de Geriatria y Gerontología) y por la Asociación Multidisciplinaria de Gerontología y por el I Congreso Nacional de Asistencia Sociosanitaria, *Envejecimiento versus dependencia*, Burgos, octubre de 2003.

redunda en beneficio de los otros residentes. Esta es una buena razón para ser activos, pero la razón que hemos querido recomendar y traer a la luz aquí es la de que el trabajo por la perfección de uno mismo y por el mejoramiento de la sociedad es una responsabilidad inherente a la tercera edad, al margen de que sea o no saludable.

Por último, una nota sumamente importante. El grupo de la tercera edad es heterogéneo: lo es por el nivel cultural, por el poder económico, por el grado de salud, por la edad (puede haber 20 y hasta 30 años de diferencia entre unos miembros y otros), por sus ideologías y experiencias políticas, por los distintos proyectos que han abrigado y abrigan para la jubilación y por otras muchas circunstancias. No todos envejecemos igual<sup>76</sup>. En concreto, las representaciones que cada uno se ha hecho y se hace de cómo vivir la jubilación son muy distantes: unos se han propuesto viajar, otros completar estudios o aficiones que tuvieron que dejar, otros dedicarse a los amigos, otros a descansar por fin y nada más. Está fuera de lugar, por tanto, tratar a las personas de este colectivo por igual y prescribirles a todas un mismo modelo de comportamiento. Está fuera de lugar asimismo forzar cualquier tipo de conducta a los mayores bajo el pretexto de que es por su bien, de que se sabe mejor que ellos lo que les conviene. El mayor, dice Simone de Beauvoir, tiene derecho a tomar sus propias decisiones, aunque sean malas; también los jóvenes y los adultos se equivocan. Como individuo, como subjetividad o identidad única e inalienable, el hombre es un proyecto cuya ejecución está a su propio cargo. Lo que hemos hecho aquí es una exhortación, simplemente indicar e iluminar una de las sendas por la que puede transcurrir la tercera edad, la sugerida por las hermosas reflexiones sobre la vejez que nos ha legado la antigüedad clásica.

<sup>76</sup> Cfr. Alfredo ALFAGEME CHAO, "Algunas desigualdades en el envejecer de los ancianos españoles de los años noventa", en *Reis* 92/2000, 93-112.